

Significado salvífico del sacramento eucarístico **(Sentido y finalidad del sacrificio de la Misa)**

I. Glorificación de Dios (dominio divino)

1. El sacrificio de la Misa es el sacrificio de la cruz actualizado. “Porque cada vez que celebramos este sacrificio se reitera la obra de nuestra redención” (Secreta del IX domingo después de Pentecostés). Es el sacrificio “por el que participamos en Cristo de sus padecimientos y de su divinidad” (Gregorio Nacianceno, *Discurso* 4, sección 52). Si en la Misa se actualiza el sacrificio de la cruz para que por la inmolación de la carne y de la sangre de Cristo participemos del sacrificio, en él se actualiza la virtud salvífica del sacrificio de la cruz. Este sirvió, como toda la vida de Cristo, al establecimiento del dominio divino (la *glorificación de Dios*) y a la *salud de los hombres*; lo segundo sólo y en tanto contribuya a la

gloria de Dios. Cfr. §§ 155 y 174. La redención de Cristo sirvió de dos maneras a la glorificación de Dios: de una manera más *objetiva* y de otra más *subjetiva*. En el sacrificio de la cruz se ha revelado el Padre celestial con una nueva fuerza que sobrepasa ampliamente a la automanifestación realizada en la creación. La muerte de cruz significa, en una medida finita, la manifestación y realización de la gloria divina obrada por Dios, sobre todo desde los puntos de vista del amor, de la santidad y de la justicia. Frente al Hijo de Dios hecho hombre, entregado a la muerte por el Padre, podemos decir: Es Dios el que obra todo esto. En este hecho se nos revela como el bondadoso y el misericordioso, como el santo y el justo. Porque Dios entregó a la muerte a su *propio Hijo*, se reveló como el amor justo y santo. Porque le arrojó *a los horrores y a la ignominia de esta muerte*, se reveló como juez justo sobre el pecado.

Esta automanifestación y autorrealización del amor, santidad y justicia divinos en forma limitada tuvo lugar cuando el Hijo de Dios hecho hombre aceptó en su corazón, y realizó en su vida, la revelación de la gloria divina en este mundo, de la caridad, santidad y justicia de Dios. Esto aconteció en la entrega a la voluntad del Padre, en la alabanza y honor a Dios, en la obediencia al encargo del Padre. Por su amor y su obediencia superó Cristo el orgullo y la desobediencia del hombre pecador. Por su muerte reconcilió de nuevo los hombres con Dios. Expió los pecados al aceptar sin reservas la maldición que Dios había proferido contra el pecado, destruyéndolo y superándolo radicalmente. En el amor y obediencia que tomaron cuerpo en su muerte, ejecutó la eterna voluntad salvífica de Dios, justo y bondadoso. En su muerte se presentó al Padre como “el primogénito de la creación”, y ha instaurado con su entrega total al Padre celestial el culto celestial, el eterno sacrificio de alabanza y acción de gracias, que no terminará jamás (cfr. San Agustín, *De la Ciudad de Dios* 10, 6).

2. Lo que vale del sacrificio de la cruz vale también del sacrificio de la Misa: *es adoración y alabanza, acción de gracias y expiación* (Dogma de fe). El Concilio de Trento declara: “Si alguno dijere que el sacrificio de la Misa sólo es de alabanza y de acción de gracias, o mera conmemoración del sacrificio cumplido en la cruz, pero no propiciatorio; o que sólo aprovecha al que lo recibe; y que no debe ser ofrecido por los vivos y los difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades,

sea anatema" (Sesión XXII, can. 3; D. 950). En el capítulo segundo de la misma sesión se dice: "Enseña el santo Concilio que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio, y que por él se cumple que, si con corazón verdadero y recta fe, con temor y reverencia, contritos y penitentes nos acercamos a Dios, conseguimos misericordia y hallamos gracia en el auxilio oportuno (*Heb. 4, 16*). Pues aplacado el Señor por la oblación de su sacrificio, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los crímenes y pecados por grandes que sean. Una sola y la misma es, en efecto, la víctima, y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a sí mismo en la cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse. Los frutos de esta oblación suya (de la cruenta, decimos) ubérrimamente se perciben por medio de esta incruenta; tan lejos está que a aquélla se menoscabe por ésta en manera alguna. Por eso, no sólo se ofrece legítimamente, conforme a la tradición de los apóstoles, por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades de los fieles vivos, sino también por los difuntos en Cristo, no purgados todavía plenamente."

El Concilio se opuso con estas explicaciones a *algunas doctrinas enseñadas por los reformadores*. Melanchthon escribe en su *Apolo-gía de la Confesión de Augsburgo*: "Hay dos clases supremas de sacrificios y ninguna más. Una de ellas es el sacrificio expiatorio, que satisface por la culpa y el castigo pues nos reconcilia con Dios, aplaca la ira de Dios, que no merece perdón de pecados o una reconciliación, sino que se ofrece por los reconciliados para dar gracias por el perdón recibido y por otros beneficios" (Tittmann, *Libri symbolici ecclesiae evangelicae*, 1827, 164). El sacrificio eucarístico tiene un carácter puramente espiritual. Toda la adoración a Dios del hombre redimido está comprendida aquí, es decir, "la fe, la invocación, la acción de gracias, la confesión y predicación del Evangelio, los padecimientos por el Evangelio y otras cosas". El Concilio de Trento rechaza la falsa interpretación del sacrificio eucarístico. La Iglesia ha puesto de relieve en la condenación de la doctrina errónea que la Eucaristía es alabanza y acción de gracias, aunque no es esto exclusivamente.

a) La Eucaristía es, por tanto, *adoración hecha realidad*. Que es realización del culto divino se expresa en la profecía de Malaquías (1, 11). Lo mismo se significa en las oraciones que acompañan la acción sacrificial y que son su marco. En ellas se significa eficazmente el sentido eucarístico del sacrificio. Lo que acontece

en la Eucaristía es participación en el Hosanna en que realizan su entrega a Dios los santos y los ángeles del cielo (Prefacio y Sanctus). En el sacrificio eucarístico la Iglesia se presenta con y por Cristo ante el Padre, y le tributa honor como Señor de los cielos y de la tierra, como el Santo, que es distinto del mundo y, sin embargo, está estrechamente unido a El, y se entrega a El sin reserva. En la oración “per ipsum, etc”, que se reza después de la consagración, pide la Iglesia sea concedido todo honor y gloria al Padre por Cristo en la vida del Espíritu Santo.

b) *La adoración es la raíz y el vínculo unificador de toda posible oración.* Cualquier clase de oración está configurada y atravesada por ella. Se realiza en el gozo de la gloria divina, *en la alabanza y honor a Dios, y en la acción de gracias* por su participación, que El nos concede en su gloria, en su amor, y en su santidad, en el ruego de que nos incorpore cada vez más fuertemente a su amor. La adoración del hombre pecador se convierte en expiación por los pecados. Así podemos admitir de antemano que el sacrificio de la Misa, que es la encarnación de una tal adoración al Padre celestial, es a la vez alabanza, acción de gracias, plegaria y expiación hecha realidad. De hecho así se expresa ya en el nombre principal y más apropiado de este sacrificio, en la palabra Eucaristía, que es un sacrificio de acción de gracias y de alabanza. Ya en la *Didache* se usan juntas las palabras “fracción de pan” y “acción de gracias”. “Romped el pan y dad gracias, confesando vuestros pecados, para que vuestro sacrificio sea inmaculado” (14, 1). Según San Justino, se rezan oraciones y se dan gracias sobre el pan y el vino. El que preside la reunión da alabanza y honor al Padre omnipotente por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo (*Primera Apología*, cap. 65 y 67). La entrega del cuerpo y de la sangre de Cristo es expresión de la acción de gracias de toda la Iglesia, dada al Padre por Cristo y en el Espíritu Santo. Según San Ignacio (*Carta a los de Esmirna* 7, 1), la acción de gracias “es la carne de nuestro Redentor Jesucristo”. Se dan gracias por la obra de la Redención y de la Creación. Esto presupone la revelación natural y sobrenatural, y la fe en ellas. Tan sólo el que está unido con Cristo en el Espíritu Santo (cfr. §§ 168 y 183), puede obrarla. Con Cristo se presenta al Padre en aquel movimiento amoroso que es el Espíritu Santo, y le ofrece por y con Cristo la entrega de la acción de gracias. Este presentarse ante el Padre supone la comunidad con Cristo fundada en el bautismo. Sólo el bautizado puede celebrar la

Eucaristía. La acción de gracias que tiene lugar en el sacrificio de la Misa se hace por medio de la inmolación. Pero lo que ocurre en el sacrificio es incorporado a la conciencia creyente por la Iglesia en una serie de oraciones eficaces y dichas ante el Padre celestial. La acción de gracias comienza de una manera especialmente solemne en el Prefacio; en la invitación a alzar los corazones (*sursum corda*) (J. Strangfeld, *Das Dankgebet der Kirche, Lateinische Präfationen des christlichen Altertums. Mit einer Einleitung von J. A. Jungmann, 1940*).

San Agustín advierte a sus fieles que es el mismo Dios quien alza los corazones, y no proviene de las fuerzas humanas. “¿Cómo podemos darte gracias? Porque tenemos alzados los corazones; pero si El no nos los hubiera elevado, estaríamos tirados en tierra” (*Sermones* 6, 3; Edit. G. Morin, *Sermones inediti*, 1917). Como vimos, tan sólo podemos celebrar la acción de gracias o Eucaristía en el Espíritu Santo, en la comunidad con Cristo que está ante el Padre. En la Eucaristía al unir el Prefacio con el canto de los ángeles ante el trono de Dios: santo, santo, santo, se expresa que sólo el hombre que se trasciende a sí mismo y se une a Cristo puede realizar la acción de gracias. La continuación de la oración eucarística en el Canon se hace también en comunidad con los mártires y santos que están ante el Padre celestial en y por Cristo. En las liturgias orientales, en las que las oraciones eucarísticas ocupan un espacio más amplio, se manifiesta esto más claramente. En un comentario de la liturgia bizantina se interpreta el Prefacio y el Canon de la siguiente manera: “El sacerdote camina con las potestades angélicas; ya no está en la tierra, sino en el cielo; colocado ante el terrible trono de Dios, y contempla el magno, inefable e incomprensible misterio de Cristo... El sacerdote se acerca con confianza al trono de la gracia divina, con corazón puro, en la seguridad de la fe, hablando a Dios, y no como en otro tiempo Moisés hablando en la tienda por medio de la nube, sino contemplando la gloria del Señor en su esplendor y revelación. Es introducido en el conocimiento de Dios y en la fe de la Trinidad santa, hablando a Dios cara a cara. Entre dos querubines, junto al arca, contempla el culto celestial y es iniciado en él... En espíritu ve e invoca el triple santo, santo, santo de alabanza de los serafines”. De los presentes se dice: “Contemplando directamente los misterios divinos y hechos partícipes de la vida inmortal y de la naturaleza divina, alabamos el incomprensible misterio de la salud del Hijo de Dios”. Brightmann, *The Historia mystagogia and other Greek Commentaries on the*

Byzantine Liturgy, en "Journal of Theol. Studies" 9 (1908), 392. Confróntese H. Keller, *Die Kirche als Kultgemeinschaft*, en "Benediktinische Monatsschrift" 17 (1935), 348-358.

II. *La salud humana*

1. La acción de gracias que ofrecemos a Dios debe alzarse siempre del fondo de la propia insuficiencia y pecaminosidad. Es precisamente la mirada puesta en la gloria divina la que permite al hombre conocer con más claridad su propia imperfección. Así la acción de gracias va unida siempre con la *confesión de nuestros pecados* (cfr. Orígenes, *De oratione* 14, 5; 33, 1). Se convierte en un *ruego pidiendo el perdón de los pecados* y en una confortación y plenitud de la vida divina en nosotros (véanse los *Kyrie, Gloria, Oraciones*, especialmente las *Poscomuniones*, el *Nobis quoque peccatoribus*). De hecho el sacrificio eucarístico tiene la virtud de superar el pecado; pero no borra el pecado directamente, ni el venial ni el mortal, sino que obra la gracia de la penitencia y aumenta la caridad. De este modo se superan siempre de nuevo la imperfección y pecaminosidad que han quedado siempre en el bautizado y que surten sus efectos. Porque en el sacrificio eucarístico la Iglesia se presenta ante el Padre por Cristo en el Espíritu Santo en acción adoradora, suplicante, de alabanza y de acción de gracias, se incorpora cada vez más intensamente al amor y a la vida gloriosa de Dios y es liberada del pecado. En la entrega al Padre, que realiza la Iglesia en el sacrificio eucarístico, se destruye continuamente el orgullo y egoísmo, se obran y se confortan la santidad y la caridad. Porque cada generación en la Iglesia está siempre amenazada por el pecado, necesita continuamente de la purificación, de la santidad y de la perfección del sacrificio eucarístico. Las penas temporales del pecado son perdonadas inmediatamente por el sacrificio de la Misa en cuanto que en él se ofrece al Padre la obra expiatoria de Cristo.

2. Así la Eucaristía se convierte, al modo como es expresión de la unidad de la Iglesia, en *fuentes y garantía de la unidad amenazada por el egoísmo*. No sólo como comunión, sino también como sacrificio es la Eucaristía el sacramento de la unidad, de la unidad de los que ofrecen con el Padre celestial y de los oferentes entre sí.

3. Finalmente, el sacrificio eucarístico es un *ruego dirigido al Padre pidiendo la salud*. En las oraciones litúrgicas expresamos con palabras lo que pedimos a Dios en las obras. Se ora por todos los que están unidos con Cristo por el bautismo, por los miembros del cuerpo de Cristo, por todos los hombres e incluso por la glorificación del cosmos: para que en su día resplandezca en el mundo la gloria de Cristo oculta actualmente.

De modo especial se ruega por los difuntos. En nuestros días se pide por ellos no solamente en el sacrificio eucarístico. Ya desde el siglo III se vienen elevando preces por los difuntos en el sacrificio eucarístico; pero poco a poco se implantó la creencia y la costumbre de ofrecer por ellos el mismo sacrificio. En su realización, el sacrificio eucarístico es una oración dirigida por la Iglesia a Dios para que por la pasión y muerte de Cristo, que se actualizan en la Eucaristía, sean librados los difuntos de todas las deficiencias y sean hechos partícipes de toda la gloria y esplendor.

San Juan de Jerusalén explica (*Catequesis mistagógicas* sección 8-10): “Después de la realización del sacrificio espiritual, del culto incruento, invocamos a Dios sobre aquel sacrificio de expiación pidiendo para la Iglesia paz, tranquilidad y orden en la vida pública, pedimos por el emperador, por el ejército, por los aliados, por los enfermos y oprimidos. En pocas palabras, pedimos por todos los que necesitan ayuda y ofrecemos por ellos este sacrificio. Después recordamos a los que murieron, sobre todo a los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, para que Dios escuche nuestras oraciones por su intercesión. Rogamos también después por los difuntos santos Padres y obispos, y todos nuestros muertos. Creemos, pues, que este santo y excelso sacrificio es de provecho y utilidad para las almas por las que es ofrecido. Ofrecemos a Dios nuestras plegarias por los difuntos, aunque fueran pecadores. Ofrecemos... por Cristo crucificado por nuestros pecados. Así reconciliamos a Dios misericordioso con ellos y con nosotros.”

San Agustín cuenta que el sacrificio de nuestra redención fué ofrecido por su madre Mónica (*Confesiones* 9, 12). Estando su madre a punto de morir dispuso que se hiciera recuerdo de ella en el altar de Dios al que ella había servido todos los días sin pausa. “Sabía que en el altar era ofrecida la víctima por la que se destruye la carta que da testimonio contra nosotros, y que en él ha sido vencido el enemigo que anota nuestros pecados y busca lo que nos puede ser de reprensión, pero que nada encontró en Aquel por el que vencemos. ¿Quién derramará de nuevo su sangre inocente? ¿Quién

devolverá el precio que él pagó para liberarnos del enemigo? En el sacramento de nuestro rescate ha puesto tu sierva unida su alma con el vínculo de la fe" (*Confesiones* 9, 13).

Aunque San Agustín recomienda vivamente el ofrecimiento del sacrificio por los difuntos para venir en ayuda suya, reconoce y admite que puede ofrecerse el sacrificio por los difuntos como acción de gracias. El que el ofrecimiento del sacrificio de la Misa por los difuntos sea acción de gracias o petición depende de la vida que llevara uno durante los días de su peregrinación. "No se puede negar que las almas de los difuntos son aliviadas gracias a la piedad de sus familiares todavía vivos, si se ofrece por ellos el sacrificio del Mediador o si se hace limosnas a la Iglesia en su favor. Pero tan sólo sacan provecho aquellos que durante su vida merecieron que se les ayudase en su día. Pues hay una manera de vivir que no es buena del todo como para no necesitar de una tal ayuda después de la muerte, ni tampoco mala del todo como para no poder recibir ayuda después de la muerte. Pero hay, además, una vida tan buena que no necesita de una tal ayuda, y hay también una manera de vivir tan mala para la que no es posible ayuda alguna después de la muerte... El sacrificio del altar y las limosnas que se ofrecen por todos los bautizados difuntos significan para los buenos cristianos una acción de gracias; para los no malos del todo, un sacrificio propiciatorio; para los muy malos no sirve de ayuda, pero siempre es un cierto consuelo para los vivos. Al que le aprovecha de alguna forma este sacrificio es o porque el perdón se hace completo, o incluso porque se alivia la condenación misma" (*Enquiridion*, cap. 29). En la Edad Media se creía que en ciertos casos un determinado número de misas libraba del purgatorio. Esta creencia errónea adquirió tal dimensión antes de la Reforma, que el Concilio de Trento tuvo que poner fin a tales abusos.

III. Apéndice

1. Si la Eucaristía es adoración y expiación, acción de gracias y oración hecha realidad, *tan sólo puede ser ofrecida a Dios*. El Concilio de Trento declara (sesión XXII, cap. 3; D. 941); "Y si bien es cierto que la Iglesia a veces acostumbra a celebrar algunas misas en honor y memoria de los santos, sin embargo, no enseña que a ellos se ofrezca el sacrificio, sino a Dios solo que los ha coronado. De ahí que "tampoco el sacerdote suele decir: Te ofrezco a ti el sa-

crificio, Pedro y Pablo", sino que, dando gracias a Dios por las victorias de ellos, implora su patrocinio para que aquellos se dignen interceder por nosotros en el cielo, cuya memoria celebramos en la tierra". Véase también el canon 5. En la acción de gracias de la iglesia militante por la gloria de los hermanos y hermanas difuntos se expresa la unión de todos los cristianos. Esta acción de gracias tiene su expresión en la actualización del sacrificio de la cruz, pues toda la salud viene de la cruz de Cristo. Todos los santos del cielo deben su gloria a Cristo, único Mediador entre Dios y el hombre. La acción de gracias por los hermanos y hermanas muertos implica en sí un ruego a Dios para que, por el amor de los moradores celestiales que alaban y ensalzan perpetuamente al Padre y viven ya en la gloria, seamos conducidos al lugar donde ellos moran. Pedimos a los santos su directa intercesión no porque no tengamos suficiente confianza en el único Mediador entre Dios y los hombres, sino porque nuestra plegaria es imperfecta y dudosa y, por tanto, puede ser hecha por aquellos que están más vivamente unidos a Cristo que nosotros. Depositamos nuestras oraciones en sus manos y confiamos que ellos, purificados de todo egoísmo, las transmitirán al Padre con más eficacia y más unión a Cristo. Cfr. § 173. El volver la mirada a los santos responde a la voluntad divina que quiere que las criaturas se ayuden con la virtud de Dios entre sí para llegar a la perfección.

2. De una manera especial recuerda la iglesia a los *mártires* al ofrecer el sacrificio eucarístico. El mártir está en estrecha relación con la muerte y resurrección del Señor por sus sufrimientos, por la entrega de su vida obrada en la virtud del Espíritu Santo. En su muerte y en su victoria se traduce la victoriosa muerte de Cristo (confróntese § 173). Es conveniente, por tanto, que allí donde se actualiza la muerte del Señor se haga memoria del mártir, que participó del sacrificio de Cristo no sólo por el misterio, sino por la entrega de su vida (no sólo sacramentalmente, *sacramento*, sino también *imperio passionis*: Hieronymus, *Comentario al evang. de Mateo* 1, 8).